

constituído el espíritu, sino en cuanto es bueno: si no lo es, y el hombre es malo naturalmente, no puede dejar de serlo sin corromperse, y la bondad en él no es más que un vicio contra Naturaleza. Destinado a hacer daño a sus semejantes, como el lobo a degollar la oveja, un hombre humano fuera un animal tan depravado como un lobo compasivo, y sola la virtud nos dejara remordimientos.

»Volvamos a nuestro interior, mi querido joven, examinemos, dejando aparte todo interés personal, adonde propenden nuestras inclinaciones. ¿Qué espectáculo es para nosotros más halagüeño; el de la dicha o el de los tormentos ajenos? ¿Qué es lo que hacemos con más gusto y lo que después de hecho nos deja más grata impresión, un acto de beneficencia o un agravio? ¿Por quién os interesáis en vuestros teatros? ¿Os causan complacencia los delitos atroces? ¿Vertéis lágrimas por el castigo de los facinerosos que los cometieron? Todo es indiferente para nosotros, dicen,

este mismo perro, se echó al suelo, con las patas dobladas, en postura de quien suplica y la más capaz de ablandarme; postura en que se hubiera guardado de permanecer, si, en vez de perdonarle, le hubiera pegado. ¿Con que mi perro, todavía chico y casi recién nacido, había adquirido ya ideas morales? ¿Sabía qué cosa era la clemencia y la generosidad? ¿En virtud de qué luces adquiridas esperaba apaciguarme, abandonándose así a mi discreción? Todos los perros del mundo hacen casi lo mismo en igual caso, y no digo aquí una cosa que cualquiera no pueda probar. Los filósofos que con tanto desdén desechan el instinto, tengan la bondad de explicarme este hecho por la mera acción de las sensaciones y de los conocimientos que por ella se adquieren; explíqueme de modo que a todo hombre de razón le dejen satisfecho; entonces nada tendré que replicar y no hablaré ya nunca de instinto.

menos nuestro interés, y es todo lo contrario: los atractivos de la amistad o de la Humanidad nos consuelan de nuestros pesares, y aun en nuestros gustos estaríamos muy solitarios y seríamos muy miserables, si no tuviésemos con quien participarlos. Si no hay ningún afecto moral en el pecho humano, ¿de dónde le vienen esos arrebatos de admiración de las heroicas acciones, esos raptos de amor de los ánimos sublimes? ¿Qué relación tiene este entusiasmo de la virtud con nuestro interés privado? ¿Por qué quisiera yo ser Cato que despedaza sus entrañas, más que César triunfante? Quitad de nuestros corazones el amor de la belleza y quitáis todo el embeleso de la vida. Aquél en cuya mezquina alma han sofocado las villanas pasiones estos deliciosos afectos; aquél que, a puro reconcentrarse dentro de sí, consigue no amar más que a sí propio, no siente arrebatos, nunca palpita de júbilo su helado corazón, nunca humedece sus párpados una suave ternura, de nada disfruta; no siente, no vive el desgraciado, es ya cadáver.

»Pero sea cual fuere el número de malos en la tierra, pocas hay de aquellas almas cadavéricas que, excepto su interés, se han tornado insensibles a todo cuanto es justo y bueno. Sólo nos place la iniquidad, en cuanto de ella nos aprovechamos; en todo lo demás queremos que sea amparado el inocente. ¿Vemos en una calle o en un camino, un acto de injusticia o de violencia? Al punto se suscita en lo interior de nuestro corazón un movimiento de indignación y cólera que nos induce a tomar la defensa del oprimido; pero nos contiene una obligación más poderosa y las leyes nos quitan el derecho de amparar la inocencia. Si, por el contrario, presenciemos un acto de clemencia y generosidad, ¡qué afecto, qué admiración nos inspira! ¿Quién no dice: Yo quisiera haber hecho otro tanto

37094

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. RIVERA"  
625 MONTERREY, N. L.

Ciertamente muy poco nos importa que haya sido inicuo o justo un hombre dos mil años atrás, y, no obstante, nos causa el mismo interés la historia antigua que si hubieran sucedido aquellos acontecimientos en nuestro tiempo. ¿Qué me importan a mí los delitos de Catilina? ¿Tengo miedo de ser víctima suya? ¿Pues por qué le miro con tanto horror como si fuera mi contemporáneo? No sólo aborrecemos a los malos porque nos hacen mal, sino porque son malos. No sólo queremos ser felices; también queremos la felicidad ajena, y esta felicidad, cuando no nos cuesta nada, aumenta la nuestra. Finalmente, aun a su despecho, tiene una compasión de los desventurados y padece con su mal quien es testigo de él. Ni aun los más perversos pueden desprenderse totalmente de esta propensión, que a veces los pone en contradicción consigo mismos. El foragido que desnuda a los caminantes, todavía cubre la desnudez del pobre, y el asesino más feroz sostiene al hombre que cae desmayado.

»Hablan del grito del remordimiento que castiga en secreto los delitos ocultos y a veces los hace patentes. ¡Ay! ¿Quién de nosotros no oyó nunca esta importuna voz? Hablamos por experiencia y quisiéramos sofocar ese tiránico afecto que tanto tormento nos causa. Obedezcamos a la Naturaleza, conoceremos con cuánta dulzura reina, y cuando la hemos escuchado, qué embeleso hallamos en formar buen concepto de nosotros mismos. El malo se teme y huye; se divierte saliendo de sí propio; vuelve alrededor los ojos inquietos y busca un objeto que le distraiga; sin la amarga sátira, sin la sarcástica mofa, siempre estaría triste; su único gusto es la risa que escarnece. Por el contrario, la serenidad del justo es interior, su risa no es de malicia, sino de alegría: en sí propio lleva la causa de ella; tan alegre está solo como en una concu-

rrencia, y no saca su contento de los que a él se acercan, sino que se le comunica.

»Tended la vista por todas las naciones del mundo, recorred las historias todas; en medio de tantos inhumanos y extravagantes cultos, y de esa portentosa diversidad de costumbres y caracteres, en todas partes encontraréis las mismas ideas de justicia y honestidad, los mismos principios de moral y las mismas nociones del bien y del mal. El antiguo paganismo forjó Dioses abominables, que en la tierra hubieran sido castigados como facinerosos y que no ofrecían otra imagen de la suprema felicidad que atrocidades que cometer y pasiones que saciar. Pero en vano descendía de la morada eterna el vicio armado de una autoridad sagrada; el instinto moral le repelía lejos del corazón humano. Los que celebraban la disolución de Júpiter, tributaban su admiración a la continencia de Xenocrates; adoraba la casta Lucrecia a la impúdica Venus; sacrificaba al Pavor el romano intrépido; invocaba al Dios que mutiló a su padre, y, sin exhalar una queja, recibía la muerte de mano del suyo. Las divinidades más despreciables fueron acatadas por los más altos varones. Más fuerte que la de los Dioses, la voz sacrosanta de la Naturaleza se hacía respetar en la tierra, y parecía que aprisionaba el delito con los culpados allá en los cielos.

»Así, que en lo interior de nuestras almas hay un principio innato de justicia y virtud, conforme al cual juzgamos, a despecho de nuestras propias máximas, por buenas o malas las acciones ajenas y las nuestras, y a este principio doy yo el nombre de conciencia.

»Mas al oír esta voz, se suscitan por todas partes los clamores de los pretendidos sabios. Errores de la infancia, preocupaciones de la educación, exclaman todos unánimes. Nada hay en el espíritu humano más

que lo que en él se introduce por experiencia, y no juzgamos de cosa ninguna, como no sea por las ideas adquiridas. Más hacen; se atreven a desechar esta universal y evidente concordancia de todas las naciones, y contra la uniformidad que resplandece en los juicios de los hombres van a buscar en las tinieblas algún obscuro ejemplo conocido de ellos mismos; como si la depravación de un pueblo aniquilara todas las propensiones de la Naturaleza, y como si, porque se encuentre un monstruo, lo fueran ya todos. ¿De qué sirve al escéptico Montaigne el afán que se toma para desenterrar en un rincón de la tierra una costumbre opuesta a las nociones de justicia? (12) ¿De qué le sirve conceder a los más sospechosos viajeros una autoridad que niega a los autores más fidedignos? ¿Destruirán acaso algunos inciertos y estrambóticos estilos, fundados en causas locales, la general inducción que se saca del concurso de todos los pueblos, opuestos en todo lo demás y sólo acordes en este punto? ¡Oh, Montaigne! tú que te alabas de ingenuidad y veracidad, sé sincero y verídico, si puede serlo un filósofo, y dime si se halla un país en la tierra donde sea delito guardar fe, ser clemente, generoso, benéfico; donde sea despreciable el hombre de bien y acatado el pérfido.

»Cada uno, dicen, contribuye al bien público por su interés. ¿Pues de dónde viene que el justo contribuye a él en detrimento suyo? ¿Qué es correr a morir por

(12) Véase todo el capítulo XXII del libro primero. Hállase en él este párrafo: «Las leyes de la conciencia, que decimos nacen de la Naturaleza, en realidad vienen de la costumbre; todos tenemos íntima veneración por las opiniones y los usos aceptados en derredor nuestro; no podemos rechazarlos sin remordimientos, ni aplicarlos sin aplauso».

su propio interés? Sin duda nadie obra como no sea por su bien, pero si no hacemos cuenta de los bienes morales, nunca por el interés personal explicaremos más acciones que las de los malos, y es de creer que nadie hará la tentativa de explicar las otras. Muy abominable filosofía sería la que tropezara en las acciones virtuosas; que no pudiera zafarse de las dificultades, sin fraguar para ellas soeces intenciones y motivos ajenos de la virtud; que se viera forzada a envilecer a Sócrates y calumniar a Régulo. Si semejantes doctrinas pudieran brotar en nuestro país, la voz de la Naturaleza, junta con la de la razón, se levantaría sin cesar contra ellas y no dejaría ni a uno solo de sus partidarios la disculpa de que lo fuese de buena fe.

»No es mi ánimo meterme aquí en discusiones metafísicas que exceden mi capacidad y la vuestra, y que en realidad a nada conducen. Ya os he dicho que no quería filosofar con vos, sino ayudaros a que consultéis vuestro corazón. Aun cuando todos los filósofos del mundo me probasen que me engaño, si vos creéis que llevo razón estoy satisfecho.

»Para esto no es menester más que distinguir nuestras ideas adquiridas de nuestros afectos naturales, por que necesariamente sentimos antes de conocer, y como no aprendemos a querer nuestro bien y evitar nuestro mal, sino que la Naturaleza nos infunde esta voluntad, del mismo modo el amor de lo bueno y el odio de lo malo son tan naturales en nosotros como el amor de nosotros mismos. Los actos de la conciencia no son juicios, son afectos; aunque todas nuestras ideas vienen de lo exterior, los afectos que las valían son internos, y por ellos sólo conocemos la discrepancia o analogía que existe entre nosotros y las cosas que debemos evitar o buscar.

»Para nosotros existir es sentir; nuestra sensibilidad es indisputablemente anterior a nuestra inteligencia, y antes de tener ideas hemos tenido afectos (13). Sea cual fuere la causa de nuestro sér, ella ha provisto a nuestra conservación dándonos afectos que convienen en nuestra naturaleza, y no puede negarse que a lo menos éstos sean innatos. En lo que toca al individuo, estos afectos son el amor de sí mismo, el miedo del dolor, el horror a la muerte, el deseo del bienestar. Pues si, como no podemos dudar, el hombre es sociable por su naturaleza o formado a lo menos para ello, sólo lo puede ser por efectos innatos relativos a su especie; porque si meramente atendemos a la necesidad física, con seguridad que debe ésta dispersar a los hombres más bien que aproximarlos. Luego, del sistema moral formado por estas dos especies de relaciones consigo mismo y con sus semejantes, nace el impulso de la conciencia del hombre. Conocer lo bueno no es amarlo; no tiene el hombre este conocimiento innato; pero, al punto que se le da a conocer su razón, le incita la conciencia a que lo ame, y este efecto sí que es innato.

»Por tanto, no creo, amigo mío, que sea cosa imposible explicar por consecuencias de nuestra naturaleza el principio inmediato de la conciencia, aun sin dependencia de la razón. Más que fuera imposible, no se-

(13) Bajo ciertos aspectos, las ideas son afectos y los afectos ideas. Ambos nombres convienen a toda percepción que nos ocupa en su objeto, y en nosotros mismos que con éste nos movemos; solamente el orden de esta afección es el que determina el nombre que conviene a la percepción. Cuando, ocupados primero en el objeto, sólo por reflexión pensamos en nosotros, es una idea; cuando, por el contrario, nuestra primera atención se la lleva la impresión recibida y sólo por reflexión pensamos en el objeto que la causa, entoncés es un afecto.

ría necesario; porque una vez que los que niegan este principio reconocido y admitido por todo el linaje humano no prueban que no exista, sino que se ciñen a afirmarlo; cuando afirmamos nosotros que existe, tanto fundamento como ellos tenemos, y además está de nuestra parte el testimonio interno y la voz de la conciencia, que da testimonio en favor de sí propia. Si nos deslumbran los primeros albores del juicio y al principio confunden los objetos a nuestra vista, aguardemos a que se vuelvan a abrir y se fortifiquen nuestros débiles ojos, y en breve tornaremos a ver estos mismos objetos con la luz de la razón, como nos los mostraba desde luego la Naturaleza, o, mejor dicho, seamos más sencillos y menos vanos; ciñámonos a los efectos primeros que hallamos dentro de nosotros, puesto que al cabo nos vuelve a ellos el estudio, cuando no nos ha descarriado.

»¡Conciencia, conciencia, divino instinto; inmortal voz del cielo; guía segura de un sér ignorante y flaco, pero inteligente y libre; infalible juez de lo bueno y lo malo, que haces al hombre semejante a Dios! Tú constituyes la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones; sin ti nada siento en mí que me encumbre sobre los brutos, como no sea el triste privilegio de descarriarme de errores en errores en pos de un entendimiento sin reglas y de una razón sin principios.

»Gracias al cielo que estamos ya libres de todo ese espantable aparato de filosofía; que podemos ser hombres sin ser doctos; no tendremos precisión de gastar nuestra vida estudiando la moral, pues a menos costa hemos hallado guía más seguro en el inmenso laberinto de opiniones humanas. No basta, empero, con que haya este guía, es preciso saber conocerle y seguirle. Si habla con los corazones de todos, ¿por qué hay tan

pocos que le entiendan? ¡Ah! Porque nos habla la lengua de la Naturaleza, mientras que todo contribuye a que nos olvidemos de ella. Tímida y medrosa es la conciencia, se complace en la paz y el retiro; el mundo y el bullicio la asustan: las preocupaciones, de que la fingen hija, son sus más crueles enemigos; huye o se calla en su presencia; la estrepitosa voz de éstas ahoga la suya, y estorba que sea oída; el fanatismo se atreve a desfigurarla y a dictar en su nombre el delito. A fuerza de verse despedida, al fin se hostiga; enmudece, y no nos responde, y después de haberla despreciado largo tiempo, cuesta tanto llamarla como costó arrojarla.

»¡Cuántas veces me he fatigado en mis investigaciones con la frialdad que sentía en mí! ¡Cuántas veces me hicieron inaguantables mis primeras meditaciones el aburrimiento y la tristeza que sus ponzoñas sobre ellas vertían! Mi árido corazón se entregaba con tibio y desmayado celo al amor de la verdad: Decía yo: ¿Por qué me he de afanar en buscar lo que no existe? El bien moral es una patraña; no hay otra cosa buena que los deleites sensuales. ¡Oh! ¡Cuán difícil es recobrar el gusto de los deleites del ánimo, cuando una vez se ha perdido! ¡Y cuánto más difícil adquirirle a quien nunca le ha tenido! Si existiese un hombre tan miserable que en toda su vida nada hubiese hecho cuya memoria le dejase contento consigo mismo y satisfecho de haber vivido, sería incapaz este hombre de conocerse nunca, y, no habiendo sentido la bondad que conviene a su naturaleza, permanecería malo por fuerza y sería eternamente infeliz. ¿Créis, empero, que haya en todo el orbe un solo hombre tan depravado que no haya abandonado nunca su corazón a la tentación de obrar bien? Tan natural es y tan suave esta tentación, que no es posible resistir siempre a

ella, y la memoria del deleite que una vez ha causado basta para que nos acordemos de ella sin cesar. Por desdicha, al principio es penosa de satisfacer; se hallan mil razones para negarse a la inclinación del corazón; le coarta una falsa prudencia en los linderos del *yo* humano; son necesarios mil esfuerzos de valor para atreverse a dejarlos atrás. Complacerse en obrar bien, es el premio de las buenas obras, pero que no se alcanza sin haberle antes merecido. No hay cosa más amable que la virtud; mas preciso es gozar de ella para hallarlo así. Cuando queremos abrazarla, semejante al Proteo de la fábula, se reviste al principio de mil espantosas figuras, y solamente al fin se deja ver en la suya de aquéllos que no la han soltado.

»Embatido sin cesar por mis naturales afectos que me hablaban en favor del interés común, y mi razón que todo lo refería a mí, mi vida entera hubiera fluctuado en esta alternativa continua, obrando mal, amando lo bueno y siempre contrario a mí mismo, si otras nuevas luces no hubieran iluminado mi corazón: si la verdad, que fijó mis opiniones, no hubiera también afianzado mi conducta y me hubiera puesto acorde conmigo. En vano queremos apoyar la virtud en sola la razón; ¿qué base sólida le podemos dar? Dicen que la virtud es el amor del orden. Pero ¿acaso puede más conmigo y debe poder más este amor que el de mi bienestar? Denme una razón clara y suficiente para que yo le prefiera a éste. En realidad, su pretendido principio es un mero juego de vocablos; porque yo también digo que el vicio es el amor del orden, tomándole en otro sentido. Existe un orden moral en todas partes donde hay sentimiento e inteligencia. La diferencia consiste en que el bueno se coordina con referencia al todo, y el malo coordina el todo con referencia a él. Este se hace el centro de todas las cosas; el

otro mide su radio y se queda en la circunferencia. Entonces está coordinado con referencia al centro común, que es Dios, y con referencia a todos los círculos concéntricos, que son las criaturas. Si no existe la Divinidad, sólo el malo discurre; el bueno es un insensato.

»¡Oh, hijo mío! ¡Ojalá que sintáis un día de qué carga se encuentra uno aliviado cuando, después de haber agotado la vanidad de las opiniones humanas y probado lo amargo de las pasiones, halla por fin tan cerca de sí el camino de la sabiduría, el premio de los afanes de esta vida y la fuente de la felicidad de que había desesperado! Todas las obligaciones de la ley natural, borradas casi de mi corazón por la injusticia de los hombres, se retratan en él en nombre de la justicia eterna que me las impone y me las ve desempeñar. Ya sólo siento en mí la obra y el instrumento del gran Sér que quiere el bien, que le hace, y que hará el mío por el concurso de mi voluntad con la suya, y el buen uso de mi libertad: me conformo con el orden que ha establecido, cierto de disfrutar yo un día de éste orden y encontrar en él mi felicidad; porque, ¿qué felicidad hay más dulce que sentirse coordinado en un sistema en que está bien todo? Acometido del dolor, le llevo con paciencia, pensando que es transitorio y que viene de un cuerpo que no es mío. Si hago sin testigo una buena acción, sé que es vista, y saco testimonio para la otra vida de mi conducta en ésta. Cuando padezco una injusticia, digo: El justo Sér que todo lo gobierna sabrá indemnizarme de ella; las necesidades de mi cuerpo, las miserias de mi vida, me hacen más tolerable la idea de la muerte; esos menos vínculos tendré que romper cuando sea fuerza abandonarlo todo.

»¿Por qué está mi alma sujeta a mis sentidos y en-

cadenada a este cuerpo que la esclaviza y la apremia? No lo sé: ¿me fueron comunicados acaso los juicios de Dios? Luego puedo formar sin temeridad modestas conjeturas. Si hubiera permanecido libre y puro el espíritu humano, ¿qué mérito contraería en amar y seguir el orden que viese establecido y que ningún interés tuviese en perturbar? Ciertamente es que sería feliz; pero faltaría a su felicidad el más alto grado, la gloria de la virtud y el buen testimonio de sí; sería semejante a los ángeles, y sin duda será más que ellos el varón virtuoso. Unida el alma a un cuerpo mortal con vínculos no menos poderosos que incomprensibles, el afán de la conservación de este cuerpo la excita a que todo lo refiera a él, y le da un interés contrario al orden general que, no obstante, es capaz de ver y amar; entonces el buen uso de su libertad se torna juntamente en mérito y recompensa, y se labra una inalterable felicidad peleando contra sus pasiones terrenales y manteniéndose en su voluntad primera.

»Y si aun en este estado de abatimiento en que durante esta vida nos hallamos son legítimas todas nuestras inclinaciones; si todos nuestros vicios provienen de nosotros; ¿por qué nos quejamos de que somos dominados por ellos? ¿Por qué achacamos al autor de las cosas los males que nos hacemos nosotros, y los enemigos que contra nosotros armamos? ¡Ah! no estraguemos al hombre, y siempre será bueno sin dificultad; siempre feliz sin remordimientos. Los culpados que se creen forzados al delito, son tan mentirosos como perversos: ¿cómo no ven que la flaqueza de que se quejan es obra de ellos mismos; que proviene su primera depravación de su voluntad; que a fuerza de querer ceder a las tentaciones, al cabo les ceden en su despecho y las hacen irresistibles? Sin duda que ya no pende de ellos el no ser malos y débiles; pero de

ellos pendió no llegar a serlo. ¡Oh! ¡Cuán fácilmente permaneceríamos árbitros de nosotros y de nuestras pasiones, aun durante esta vida, si, cuando aun no están formados nuestros hábitos y cuando se empieza a abrir el entendimiento, supiéramos ocuparle en los objetos que debe conocer para valuar los que no conoce; si quisiéramos sinceramente ilustrarnos, no para lucirnos a los ojos ajenos, sino para ser buenos y cuerdos según nuestra naturaleza, para hacernos felices con el cumplimiento de nuestras obligaciones! Si nos parece fastidioso y arduo este estudio, consiste en que cuando pensamos en él ya estamos estragados por el vicio y abandonados ya a nuestras pasiones. Antes que conozcamos lo bueno y lo malo, ya hemos sentado nuestros juicios, y, refiriéndolo todo luego a esta falsa medida, a nada le damos su justo valor.

»Una edad hay en que libre todavía el corazón, pero ardiente, inquieto, ansioso de la felicidad que no conoce, la busca con curiosa incertidumbre, y engañado por los sentidos se fija al fin en su vana imagen y presume hallarla donde no reside. Sobrado tiempo han durado en mí estas ilusiones. ¡Ay! Que las he conocido muy tarde y no he podido disiparlas totalmente, y durarán tanto como este cuerpo mortal que las causa. A lo menos, en vano me seducen, ya no me engañan; las tengo en lo que son; las sigo despreciándolas, y, lejos de mirar en ellas el objeto de mi felicidad, veo su rémora. Así aspiro al instante que libre de los grillos del cuerpo sea *yo* sin contradicción, sin partición y sólo necesite de mí para ser feliz; entre tanto, desde esta vida lo soy, porque estimo en poco todos sus males, porque la contemplo como ajena de mi sér y porque de mí pende todo el bien que de ella puedo sacar.

»Para encumbrarme de antemano, en cuanto ser puede, a este estado de felicidad, de fuerza y libertad,

me ejercito en las sublimes contemplaciones. Medito en el orden del Universo, no para explicarle con sistemas vanos, sino para maravillarme de él sin cesar, para adorar al sabio autor que en él se hace sentir. Converso con él, embebo todas mis facultades en su divina esencia; me enternezco con sus beneficios, le bendigo por sus dádivas; pero no hago oración. ¿Qué le había de pedir? ¿Que por mí mudara el curso de las cosas, que obrara milagros en beneficio mío? No, este ruego temerario más que escuchado merecería ser castigado. Tampoco le pido el poder de obrar bien: ¿por qué le he de pedir lo que me ha dado? ¿No me ha dado la conciencia para amar lo bueno, la razón para conocerlo, la libertad para elegirlo? Si obro mal, no tengo disculpa; obro porque quiero: pedirle que mude mi voluntad fuera pedirle lo que me pide Él; fuera querer que hiciera Él mi trabajo y que cobrara yo el salario; no estar satisfecho con mi estado fuera no querer ser hombre, querer otra cosa de lo que existe, querer el desorden y el mal. ¡Manantial de justicia y verdad, Dios clemente y bueno! Tal confianza tengo en Ti, que el supremo deseo de mi corazón es que se cumpla tu voluntad. Uniendo con ella la mía, hago lo que haces Tú, me conformo con tu bondad, y creo que gozo adelantada la suma felicidad que es su premio.

»Con una justa desconfianza de mí propio, la única cosa que le pido, o más bien que de su justicia aguardo, es que rectifique mi error si voy descaminado y me es peligroso este error. Aunque de buena fe, no por eso me creo infalible: las opiniones mías que más ciertas me parecen, son acaso otras tantas falsedades: porque, ¿qué hombre no está adicto a las suyas? ¿Y cuántos están conformes en todo? La ilusión que me engaña viene de mí, Él es el único que de ella puede sanarme. He hecho cuanto he podido por alcanzar a la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICA  
"ALFONSO RIVERA"  
1962 MONTERREY, MEXICO

verdad, pero está muy alta su fuente: cuando me faltan las fuerzas para ir más adelante, ¿en qué puedo ser culpado? A ella le toca acercarse».

Había hablado con vehemencia el buen sacerdote: estaba conmovido y yo también lo estaba: me figuraba que oía al divino Orfeo cantar los primeros himnos y enseñar a los hombres el culto de los dioses. Veía, no obstante, una multitud de objeciones que oponerle, y no le opuse ni una, porque eran menos sólidas que confusas y porque la persuasión estaba en su favor. Al paso que me hablaba según su conciencia, parecía que la mía me confirmaba cuanto él había dicho.

«Lo que me acabáis de exponer, le dije, más nuevo me parece por lo que confesáis no saber que por lo que decís creer. Me parece encontrar en ello el teísmo o la religión natural, que la afectación de los cristianos confunde con el ateísmo o la irreligión; doctrina que es la diametralmente opuesta. Pero en el actual estado de mi fe, tengo que subir más bien que bajar para admitir vuestras opiniones, y encuentro que es difícil quedarse cabalmente en el punto en que estáis, a no ser tan cuerdo como vos. Para ser a lo menos tan sincero, quiero consultar conmigo. El sentido interno es el que a ejemplo vuestro me debe guiar, y vos mismo me habéis enseñado que no es cosa de un momento el hacer que responda, cuando por largo espacio le hemos hecho enmudecer. Llevo en mi corazón vuestros razonamientos; es necesario que los medite. Si después de haber pensado bien en ello quedo tan convencido como vos, seréis mi postrer apóstol, y yo seré prosélito vuestro hasta la muerte. Seguid, no obstante, instruyéndome: sólo me habéis dicho la mitad de lo que debo saber. Habladme de la revelación, de las escrituras, de esos dogmas oscuros por los cuales voy

vagando desde mi niñez, sin poder concebirlos ni creerlos y sin saber admitirlos ni desecharlos».

»Sí, hijo mío, me respondió dándome un abrazo, acabaré de deciros lo que pienso; no quiero abriros a medias mi pecho; pero era necesario el deseo que me manifestáis para autorizarme a no guardaros reserva alguna. Hasta aquí nada os he dicho que no crea puede seros provechoso, y de que no esté yo íntimamente persuadido. Muy distinto es el examen que me queda que hacer; sólo descubro confusión, obscuridad, misterio, y camino con incertidumbre y desconfianza. Me determino temblando, y más bien que mi dictamen os digo mis dudas. Si fuera más fijo vuestro sentir, titubearía en deciros el mío; mas en el estado en que os halláis sacaréis ventaja de pensar como yo (14). En cuanto a lo demás, no atribuyáis a mis palabras más autoridad que la de la razón: no sé si voy errado. Difícil es que quien argumenta no tome alguna vez el estilo afirmativo; acordaos, sin embargo, de que aquí todas mis aseveraciones son meros motivos de dudar. Indagad vos mismo la verdad, que por mi parte sólo os prometo buena fe.

»En mis palabras sólo habéis visto la religión natural: extraño es que sea necesaria otra. ¿Por dónde he de venir yo en conocimiento de esta necesidad? ¿Cuál puede ser mi culpa en servir a Dios según las luces que ha dado a mi entendimiento y los afectos que inspira a mi corazón? ¿Qué pureza de moral, qué dogma provechoso para el hombre y que honre a su autor, puedo yo sacar de una doctrina positiva, que sin ella no pudiera sacar del buen uso de mis facultades? Mos-

(14) Creo que pudiera decirlo ahora al público el buen sacerdote.

tradme lo que podamos añadir, para gloria de Dios, para bien de la sociedad y para mi utilidad propia, a las obligaciones de la ley natural, y qué virtud derivaréis de un culto nuevo que no sea consecuencia del mío. Por la razón sola, adquirimos las más altas ideas de la Divinidad. Mirad el espectáculo de la Naturaleza, escuchad la voz interior: ¿no lo ha dicho Dios todo a nuestros ojos, a nuestra conciencia, a nuestro juicio? ¿Qué más nos han de decir los hombres? Con sus revelaciones no hacen más que envilecer a Dios, atribuyéndole pasiones humanas. Lejos de aclarar las nociones del gran Sér, veo que las complican los dogmas particulares; que, lejos de ennoblecerlas, las envilecen; que a los incomprensibles misterios que le cercan, añaden absurdas contradicciones; que hacen soberbio, intolerante, cruel al hombre; que, en vez de cimentar la paz en la tierra, la talan a hierro y fuego. Me propongo averiguar para qué sirve todo esto, y no sé qué respuesta dar. Sólo veo los delitos de los hombres y las miserias del linaje humano.

»Me dicen que era necesaria una revelación para enseñar a los hombres de qué modo querría Dios ser servido; en prueba de ello consignan la diversidad de cultos extrayagantes que han instituido, y no miran que esta misma diversidad proviene de la manía de las revelaciones. Así que les ocurrió a los pueblos hacer que hablara Dios, cada uno le hizo hablar a su manera, y decir lo que él quiso. Si solamente hubieran escuchado lo que dice Dios al corazón del hombre, nunca hubiera más que una religión en la tierra.

»Era necesario un culto uniforme; sea en buen hora: pero ¿tan importante era este punto que fuese preciso todo el aparato de la potencia divina para establecerle? No confundamos la religión con el ceremonial de ella. El culto que pide Dios es el del corazón,

y éste, cuando es sincero, siempre es uniforme. Vanidad muy loca es figurarse que tanto interés tome Dios en la forma del vestido del sacerdote, en el orden de las palabras que pronuncia, en los ademanes que hace en el altar y en todas sus genuflexiones. Amigo mío, empínate lo más que puedas, siempre te quedarás al ras de la tierra. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad: esta es la obligación de todas las religiones, de todos los países y de todos los hombres. En cuanto al culto exterior, si debe ser uniforme para el buen orden, ese es puramente asunto de policía, y no se necesita para eso revelación.

»Al principio no hice todas estas reflexiones. Llevado de las preocupaciones de la educación y de aquel peligroso amor propio que siempre quiere poner al hombre más alto que su esfera, no pudiendo encumbrar mis débiles conceptos hasta el gran Sér, me afanaba por bajarle hasta mí. Acercaba las relaciones infinitamente distantes que median entre su naturaleza y la mía: quería más inmediatas comunicaciones, instrucciones más peculiares y, no contento con hacer que Dios se semejara al hombre, para ser yo privilegiado entre mis semejantes, quería luces sobrenaturales, un culto exclusivo y que Dios me dijera lo que no había dicho a otros, o lo que otros no habían entendido como yo.

»Considerando que había llegado al punto común de donde salían todos los creyentes para llegar a un culto más ilustrado, sólo en los dogmas de la religión natural hallaba los elementos de toda religión. Contemplaba la diversidad de sectas que reinan en el mundo, y que se acusan mutuamente de error y mentira; preguntaba: *¿Cuál es la buena?* y me respondía cada uno: *La mía; yo solo y mis partidarios pensamos bien; todos los demás van equivocados. ¿Y cómo sabéis*